F2323
.M6
J55

F. JIMENEZ ARRAIZ

PANEGÍRICO

DEL GENERALISIMO

FRANCISCO DE MIRANDA,

PRECURSOR DE LA INDEPENDENCIA

LATINO-AMERICANA

LIT. Y TIP. DEL COMERCIO
Caracas.-1916

F. JIMENEZ ARRAIZ

PANEGÍRICO

DEL GENERALISIMO

FRANCISCO DE MIRANDA,

PRECURSOR DE LA INDEPENDENCIA

LATINO-AMERICANA

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

LIT. Y TIP. DEL COMERCIO
Caracas.-1916

Fué leído por su autor en el Salón Elíptico del Palacio Federal de Caracas, en el acto oficial conmemorativo del primer centenario de la muerte del Precursor. 14 de julio de 1916.

Ciudadano Presidente Provisional de la República:

Señoras y señores:

El Ejecutivo Federal me ha hecho el honor de comisionarme para acompañar con el encomio de mi palabra el noble acto de regar de flores, en esta santa romería del patriotismo que vamos a emprender, el pedestal estatuario sobre el cual la patria agradecida ha erigido, como símbolo del amor de su corazón y de la inextinguible fe de sus ideales, el bronce de glorificación del Precursor de la Independencia latino-americana.

Si es en homenajes de justicia, en tributos de reconocimiento, en actos glorificadores cuando es más noble la palabra, cómo hacer de la mía, tan humilde, el himno de apoteosis que reclama la intención de esta edificante romería?

Fué leído por su autor en el Salón Elíptico del Palacio Federal de Caracas, en el acto oficial conmemorativo del primer centenario de la muerte del Precursor. 14 de julio de 1916.

Ciudadano Presidente Provisional de la República:

Señoras y señores:

El Ejecutivo Federal me ha hecho el honor de comisionarme para acompañar con el encomio de mi palabra el noble acto de regar de flores, en esta santa romería del patriotismo que vamos a emprender, el pedestal estatuario sobre el cual la patria agradecida ha erigido, como símbolo del amor de su corazón y de la inextinguible fe de sus ideales, el bronce de glorificación del Precursor de la Independencia latino-americana.

Si es en homenajes de justicia, en tributos de reconocimiento, en actos glorificadores cuando es más noble la palabra, cómo hacer de la mía, tan humilde, el himno de apoteosis que reclama la intención de esta edificante romería?

Empero, aquí vengo, trayendo reverente, todavía mojada de rocío y olorosa a silvestres albahacas, mi guirnalda, hecha con las flores que a la vera del camino descuelga y pone al alcance de nuestras manos la piedad misericordiosa de la selva nativa en la hora a que nace el sol.

Yo no he de narrar, etapa por etapa, cómo fué la libertaria peregrinación de ese hombre a que el estrellado pabellón del Norte americano le debe siquiera un rayo en el vivo fulgor de su historia de portentos y la Francia inmortal más de una chispa del glorioso fuego en que vació el bronce de su nombre para su *Arco de triunfo*.

No he de reseñar, estación por estación, su penumbroso via-crucis, que puso su memoria en escalafón de redentores, porque, amamantados vosotros con el recuento de sus acciones, no debe ser extraño a vuestros conocimientos un solo rasgo de su vida, ni a la contemplación de vuestras almas un solo rayo de su gloria.

Vosotros sabéis cómo fué él de pueblo en pueblo implorando el patrocinio de su ideal redentor, y cómo alzó arrogante y sereno su figura de apóstol por sobre todos los tropiezos de la vía y todos los contratiempos de la fortuna.

Hay hombres representativos del sentir de una época, de la esencia de una idea, del fuego de un propósito en el corazón contemporáneo, y vosotros sabéis cómo nació él a la actividad de su existencia cuando la Revolución Francesa caía a martillazos demoledores sobre los cerrojos de la Bastilla y cuando los Derechos del Hombre soplaban su clarín de guerra en vigoroso toque de asamblea sobre el angélico silencio de las cunas y sobre el triste reposo de los sepulcros, y si ellos, como pájaros ariscos, iban de ribera en ribera, de monte en monte, anunciando la promisora estación que ya advenía, él era el sembrador que iba por los campos echando la semilla de la nueva siembra donde creía, si no abierto el surco, anheloso de los nuevos gérmenes el vientre de la tierra.

Vosotros sabéis cómo puso él a flamear, por primera vez, como en un reto bravío, nuestra bandera, amarilla, azul y roja,—roja sangre de sacrificio, azul de ensueño, áurea fulguración de gloria,—frente a aquella verde ribera del mar en la ensenada de Ocumare, hacia donde iba entonces el acero en los cañones proclamando Patria y Libertad y hoy va en la punta de los picos cantando el himno de la paz y el progreso, y un eco de oración, como bajo las naves de un templo, se va

ahora dulcemente resonando por todo el corazón de la montaña!

Nació en Caracas el 9 el junio de 1756, y resentido todavía de la mala voluntad de la nobleza criolla contra su padre, se fué a la Península; concurrió a la campaña de Argel en 1774; salió después en expedición guerrera a los Estados Unidos, hizo la campaña del Mississipi, Capitán de Estado Mayor de Gálvez, y ayudó a los *filadelfos* en la emancipación de la América del Norte; estuvo en La Habana de guarnición, y como ya tenía émulos y envidiosos del brillo de su nombre, se separó del Gobernador Cajigal y se fué a Europa; viajó por Holanda, Dinamarca, Suecia, Alemania, Polonia, Rusia, Italia, Grecia, Turquía, Crimea, Asia Menor y Egipto; viviendo vida de rico, de aristócrata y de héroe y en diversas opulentas mansiones ostentando su boato en el vivir, aunque afuera se envolvía del misterio que más cuadraba a su porte de conspirador y del silencio que más convenía a su misterio, tuvo de comensal en su mesa al Gran Corso, que todavía no era el león de Austerlitz; fué amigo de Washington, camarada de Talma y compañero de Lafayette; mereció atenciones de Federico el Grande cuando radiaba el sol de su nombre sobre el mundo, recibió distinciones principescas del Emperador José II y fué adora-

dor de aquella ideal Catalina de Rusia, tan grande de cerebro como noble de corazón, que más de una vez piadosa y dulcemente puso a brillar su imagen, como una estrella, en el sueño intranquilo del incorregible agitador, infatigable cruzado del derecho; Mariscal de Campo de los ejércitos franceses en 1792, se unió al general Dumouriez en Sedán y, jefe de príncipes, consultado de profundos tácticos y perspicaces estrategas, obedecido de Artoses, Aramises y d'Artagnanes, resiste la sorpresa austriaca en los desfiladeros de la Argonne, hace brillante la retirada de Saint Menehould, rinde a Amberes en la conquista de Bélgica, y después del desastre de Nerwinden, logra salir ileso ante el Comité de la Guerra, de la mancha que arrojaba sobre su nombre la traición de Dumouriez, pasado a las filas del Archiduque Carlos; imperante el Terror, aniquilados los Girondinos, se ve prisionero en la *Force*, y allí, como antes en el *Temple*, como después en *Plessis*, complicado en los sucesos del *13 vendimiario* y del *18 fructidor*, su espíritu no se acobarda un sólo instante ni deja de pensar un sólo momento en su ideal, y su nombre vive entre las glorias de la Francia en el Arco de la Estrella.

Conspirador pertinaz, ya conferencia misteriosamente con el Ministro Pitt, ya musita

en confidencia con los demagogos de la Montaña, ya concurre a las galantes veladas de la favorita de Talma y dialoga con Bonaparte; le es igual intimar con los jesuítas desterrados de Nueva Granada, con los devotos de Robespierre, con los Comuneros, con los Masones, con tal que las fuerzas y la voluntad de los unos y de los otros puedan ser sumadas a las suyas y enrumbadas hacia el logro de su ideal de emancipación americana; y así le buscan, peregrinos del mismo ensueño, Zea, Isnardi, Caro, Baquijano y Madariaga. Hace que los sacerdotes jesuitas Manuel Salas y José del Pozo y Sucre funden en Madrid una asociación secreta con el nombre de "Junta de las Ciudades y Provincias de la América Meridional"; funda él mismo otras de adeptos francmasones en Madrid, en París y en Cádiz, donde se llamaba *Sociedad de Lautaro* o de los *Caballeros Racionales*, con un *Supremo Consejo* en Londres, y allí—dice Mancini— en Grafton Square, Miranda personalmente "*dió la luz* a todos los apóstoles de la revolución americana: O' Higgins, Montúfar y Rocafuerte, de Quito; del Valle, de Guatemala; Monteagudo del Perú; Caro, de Cuba; Servando Teresa Mier, de México; Carrera, de Chile; Mariano Moreno, de La Plata: todos desfilan sucesivamente ante el *Precursor*, llevando

luego la palabra de éste a su patria de origen. Bolívar acudió también allí a renovar ante el Gran Maestro el juramento pronunciado hacía poco, así como Nariño en Cádiz, cuando su segundo viaje a Europa. San Martín fué asimismo iniciado en Londres, en 1811, con Alvear y Zapiola, sus compatriotas", quienes fundaron en Buenos Aires la *Logia de Lautaro*, que sirvió, según el mismo Mancini, "de fermento decisivo para la revolución argentina y de paladión para sus discordias".

Cayó al suelo, desprendida de su tronco, la cabeza de José María España por la conjuración de 1797, y fracasó la conspiración de Maracaibo en 1799, enlazadas a un centro común por los hilos que en ultramar tenía en sus manos el Gran Maestro y los *Caballeros Racionales*, pero del *Supremo Consejo* seguía soplando sobre la brasa inextinta, dormida entre cenizas, un ardoroso aliento insurrector: en los secretos conciliábulos del siervo, un rumor misterioso e incomprendido musitaba: "desaparecerá la presión afrentosa de tu cadena y el látigo no morderá más tus carnes"; una discreta voz le decía al oído al blanco, entre la música de los saraos: "serás dueño de tu voluntad y de tu patria"; en un recuerdo incesante y vivaz mariposeaba en la mente de los *leaders* y de los viajeros regresados del Viejo Mundo, el juramento que

habían hecho ante los *Caballeros Racionales:* "tú no reconocerás por gobernadores legítimos de tu patria sino a los elegidos de la libre y espontánea voluntad del pueblo, y siendo el sistema republicano el más adaptable al gobierno de las Américas, tú emplearás todos los medios que estén a tu alcance para hacerlo admitir a sus habitantes". (1)

Y vosotros sabéis cómo prendió luego el reguero de pólvora de la Revolución, desde Caracas hasta Buenos Aires.

En Caracas, mientras en público, frente a la morada donde habían sido alojados los emisarios franceses que anunciaban propicia la ocasión para la independencia, por la renuncia que del Trono español habían hecho sus monarcas, gritaban "¡Viva el Rey!",—en lo privado, en el secreto del conciliábulo, en las márgenes del Guaire, bajo la umbría y el misterio de la barriada, se conjuraban los Bolívar, los Montilla, los Ribas, los Tovar, los Palacios, y Roscio, y López Méndez, y Salias, y Alamo, y Sojo... Y cae el bastón de Emparan y empieza a erguirse el asta de la nueva bandera, que va a decir al mundo: Independencia y Patria!

Lo mismo había sido en Quito, con Selva

(1) Era ésta la fórmula del juramento que Miranda pedía a los revolucionarios en la "Sociedad de Lautaro", o en la de los "Caballeros Racionales".

Alegre, Miraflores, Salinas, Morales, Quiroga y Pedro de Murillo.

Otro tanto sucede en Buenos Aires con Belgrano, Moreno, Ocampo, Passo, Monteagudo, Chiclana, Vieytes, Donado, Saavedra, Viamonte, Balcare; lo mismo en Nueva Granada, cuya vanguardia guían arrogantes Nariño y Camilo Torres, seguidos de Herrera, Gutiérrez, Pombo, Camacho, Morales y Molledo; lo mismo en Chile con Martínez de Rosas, O'Higgins, Salas, Prieto, Infante y Eizaguirre; lo mismo en México con el cura Manuel Hidalgo, él solo un ejército; y de un extremo a otro del Continente vuela como un incendio la Revolución bajo los consejos del Precursor, cuyos amigos, en las calles de Londres, llevan al pecho la cinta tricolor, a la cual hace colgar después Bolívar el glorioso lema de los conspiradores de Grafton Square: "*Sin libertad no hay Patria*", primera insignia que ornó el pecho del futuro Libertador. (2)

Ya he dicho que el Precursor iba regando la semilla por donde creía, si no abierto el surco, sí ávido del nuevo germen el vientre de la tierra, porque yo creo en la virtualidad

---

(2) Con ella lo retrató el gran pintor Gill en Londres, según Mancini, en 1810, y probablemente esto dió origen a que posteriores retratistas lo pintasen con una condecoración desconocida.

de los principios, pero más creo en la potencialidad del hábito y en la eficacia de los tiempos; yo creo en la influencia del deseo soñador, pero más creo en la energía creadora de la capacidad. Lo esclarezco porque no era posible, de una vez, sacar a la nueva vida aquellas masas adormecidas en tántos años de absolutismo: cómo destruir en un día la anquilosis moral del africano, el letargo centenario del indígena y el hábito de humilde pasividad del criollo. Y la diversa conformación física y moral de tres razas no pueden engendrar sino desconcierto y desorientación, así en las ideas de un hombre como en los destinos de un pueblo; cómo había patria, si no había espíritu público? lo constituyeron esos hombres, de esa gloriosa procesión de hombres que he hecho desfilar ante la gloria de este recinto, y de 1806 hasta el día de Ayacucho, transcurren sangrientos 29 años de esfuerzo constructor y de doloroso exterminio, cuando que el espíritu público, cuando llega su hora, estalla en masa, repentinamente, y repentinamente crea o extermina.

La invasión de La Vela de Coro, la campaña en 1812, la capitulación de San Mateo, la alevosía de Monteverde, la exaltación patriótica de los jóvenes revolucionarios descontentos de la capitulación, la triste mañana del

30 de julio en el puerto de La Guaira, la prisión del Generalísimo... Y después Ceuta, y el Arsenal de la Carraca al fin, donde todavía apenas las ondas del mar rompen, en rumores de égloga o en rugidos de tormenta, el silencio de su sueño y la tranquilidad de su reposo; pero siempre acariciados sus huesos por ese mar cuyas hondas han llevado a todas las tierras el beso de la libertad y el bién de la civilización.

Ya pasó la hora de las crueles recriminaciones, de los reproches iracundos, de los cargos impenitentes.

Amnistiémonos!, como dijo el repúblico venezolano.

Amémonos!, como dijo el dulce Jesús.

En cambio, mirad lo que aquí se levanta, heroicamente, a mi derecha: dentro de esa Arca de bronce está la coronación de su obra; ¿y no es ella Patria, Bandera e Ideal?

Vosotros no habéis olvidado el magno día, ¿no es verdad?

Rodríguez Domínguez, Roscio, Toro, Yánez, Tovar, Ustáriz, Maya, Méndez, Unda, Peñalver, Alamo, Paúl, Briceño... graves y serenos; y solemne entre ellos, como que está presenciando el nacimiento de la Patria, el Precursor: ha concluído su obra!

Y por allá, del exterior tempestuoso, las

voces de Ribas, Espejo, Coto Paúl, Muñoz Tébar, Salias, Peña, los Buroz, los Carabaño.... y por encima de todos Simón Bolívar, radiante en su Montaña, alto en el presente, erguido ante el porvenir, porque presiente que en su alma se están agitando poderosas fuerzas misteriosas que lo empujan a guiar, a impulsar, a dirigir, prodigioso motor del pensamiento nuevo, nueva alma de la Revolución.

Basta ya....

Borremos todo recuerdo doloroso y vayamos, cargados de flores de nuestros jardines y de bendiciones de nuestro corazón, hacia el bronce del Grande Hombre, cuyas desgracias le hacen más digno de este homenaje con que un gobierno culto y una patria noble rememoran el primer centenario de su desaparición de entre los hombres y su entrada en la inmortalidad.

Yo no sé, señores, cómo he llegado hasta este punto de la jornada: estoy sintiendo sobre mí, bajo este plafón glorioso, algo así como la roca olímpica sobre la cabeza de Sísifo; percibo sobre mí la mirada relampagueante que se arranca de esos lienzos que os parecen inmóviles y que yo siento que me hablan misteriosamente desde su quietud gloriosa; estoy escuchando en un punto de esa cúpula, que no me atrevo a mirar, el fo-

goso corcel que lleva como en un vuelo de águila a José Antonio Páez, la voz de mando de Simón Bolívar, que llena de ardor los ámbitos, y temo que caiga sobre mis cuartillas temblorosas alguna bala perdida del heroico Valencey, alguna chispa del incendio de allá lejos, alguna gota de sangre del *Negro Primero* o del bravo Capitán Farriar... Dejadme descender; dejad que busque mi silencio y mi penumbra, que yo estaré tranquilo en mi penumbra y mi silencio, y que de paso, al descender, fortifique mi extenuación poniendo mis manos y un intenso ósculo de mi alma, sobre ese bronce, paladión de nuestros derechos ciudadanos.